

XIII

LA ÉPOCA DEL BARROCO EN EUROPA

Del mismo modo que no fue la decadencia sufrida en muchos dominios por el espíritu eclesiástico lo que propiamente determinó la apostasía del norte de Europa, tampoco el auge de la religión en los países que se mantuvieron fieles consiguió detener el avance de la herejía, y no hablemos ya de reconquistar lo perdido.

Inglaterra.

En 1534 Inglaterra se había separado de la Iglesia por el Acta de supremacía, sin introducir por el momento doctrinas propiamente heréticas. Enrique VIII se contentó con suprimir todos los conventos y canonicatos, en número de unos novecientos cincuenta, confiscando sus bienes. Numerosas y pintorescas ruinas de edificios religiosos dan todavía testimonio de este hecho en Inglaterra. El proceso de acercamiento al protestantismo se inició bajo el reinado de Eduardo VI, hijo menor de edad del tercer matrimonio (1547-1553) de Enrique VIII. En 1549 se introdujo un nuevo ritual para el servicio divino, el *Book of Common Prayer* (Libro de la oración común), y en 1552 se adoptó un nuevo credo de tipo calvinista.

Tras la prematura muerte de Eduardo, subió al trono, de acuerdo con la ley de sucesión inglesa, María, hija del primer matrimonio de Enrique VIII, que se había conservado católica. Contra el consejo de su pariente, el tolerante cardenal Pole, procedió con rigor a la recatolización del país. Hizo dictar y ejecutar doscientas ochenta sentencias de muerte, lo que le ha valido de sus compatriotas el apelativo de «la sanguinaria» (Bloody Mary), que por lo demás había también merecido su padre Enrique VIII y había de merecer su sucesora Isabel I. Fue también ejecutado Tomás Cranmer, el que pronunció el divorcio entre Enrique y la madre de María. Pero lo que más antipatías le valió, fue su matrimonio con su primo Felipe II de España, que el cardenal Pole intentó evitar en vano. Por lo demás, los cinco años que duró su gobierno fueron un tiempo demasiado breve para afianzar el catolicismo en el país, y así se explica que tras su muerte se produjera una fuerte reacción hacia el protestantismo.

Su sucesora fue su hermanastra Isabel. Los católicos intransigentes discutían el derecho de Isabel, ya que era hija de un matrimonio inválido, el de Enrique VIII con Ana Bolena, y consideraban como legítima heredera a la reina de Escocia, María, de la casa de los Estuardos, nieta de la hermana de Enrique VIII, Margarita. Ya esta circunstancia contribuía a inclinar a Isabel del lado de los protestantes, los cuales reconocían el matrimonio de su madre y, por consiguiente, su propio derecho al trono; y así, aunque Isabel en tiempos de su antecesora había hecho pública profesión de catolicismo, una vez reina consumó la definitiva introducción del protestantismo en Inglaterra bajo la forma del anglicanismo, para lo cual acudió también a procedimientos muy duros. Bajo su gobierno fueron ejecutados por su fe ciento veinticuatro sacerdotes y sesenta y un seglares. Los dieciséis obispos católicos fueron depuestos. Con todo, se conservó en pie la organización episcopal, y el arzobispo de Canterbury, Matías Parker, consagró obispos anglicanos.

Las consagraciones anglicanas.

Durante mucho tiempo se discutió si las órdenes conferidas entonces por Parker, y por consiguiente, todas las sucesivas de la jerarquía anglicana hasta hoy, fueron válidas, y, por consiguiente, si los anglicanos poseen la eucaristía, como sin duda alguna ocurre con los orientales, que aunque separados de la Iglesia han recibido una consagración legítima. La cuestión no fue decidida hasta 1896 por León XIII. Un cuidadoso estudio de las fuentes anglicanas ha demostrado que Parker no había recibido una auténtica ordenación episcopal, ya que Barlow, que lo consagró, aunque era obispo, se sirvió de una fórmula de consagración totalmente insuficiente, y no tenía además la intención de administrar el sacramento en el sentido de la Iglesia. La otra cuestión, conexas con ésta, de si la infalibilidad del papa se extiende también a semejantes hechos históricos (los llamados *facta dogmatica*), que de suyo no están incluidos en la revelación, aunque sí están en relación con la fe, es contestada por todos los teólogos en sentido afirmativo.

El largo gobierno de Isabel fue uno de los más afortunados de la historia universal. No sólo aportó paz y prosperidad a Inglaterra, sino que echó además los cimientos de su hegemonía mundial. Mucho es lo que en atención a esto se perdona a la reina: la ejecución de su rival María Estuardo de Escocia, por ejemplo, así como la de muchas personas destacadas, y lo poco edificante de su vida privada. Bajo su reinado, el patriotismo, la fidelidad dinástica y la enemiga a Roma se fundieron hasta tal punto en una sola actitud, que para los ingleses que habían permanecido católicos resultó cada vez más difícil compaginar su fe con sus deberes cívicos. La cura de almas se hizo extraordinariamente difícil. Los

sacerdotes se formaban en el continente, en los seminarios de Roma, Valladolid, Douai, y sólo podían ejercer su ministerio en secreto. El número de católicos disminuyó. Hacia 1800 apenas pasaban de cuarenta mil.

Escocia.

Cuando en 1560 subió al trono de Escocia María Estuardo, a los diecinueve años de edad, la mayor parte de la nobleza escocesa se había pasado al protestantismo. María luchó animosamente para defender su trono y su fe católica, pero cometió errores sobre errores y al fin tuvo que huir a Inglaterra, donde la tuvieron encarcelada durante diecinueve años, para al fin ajusticiarla. Fue rey de Escocia su hijo Jacobo, que había sido separado de ella y educado en el protestantismo. Al morir Isabel de Inglaterra en 1603, extinguiéndose con ella la descendencia de Enrique VIII, Jacobo heredó también el trono inglés. Desde entonces ambos países han estado unidos bajo una dinastía protestante. Sin embargo, en Escocia quedó un número de católicos relativamente mayor que en Inglaterra, y todavía hoy se encuentran allí islotes de la antigua población católica.

Irlanda.

Ya en la Edad Media se había encontrado Irlanda en una situación de mayor o menor dependencia de Inglaterra, al compás de las cambiantes vicisitudes de su historia. En 1541 Enrique VIII tomó el título de rey de Irlanda. Fracasaron, empero, todos los intentos de reducir al anglicanismo a la población irlandesa. Sólo se consiguió en el norte de la isla, en el Ulster, y aún gracias a la inmigración de colonos ingleses y escoceses. La resistencia de los católicos irlandeses a la fuerte presión ejercida por sus dominadores, los habilitó para desempeñar más tarde un gran papel en el renacimiento del catolicismo en Inglaterra, y aún más en la difusión de la fe católica en los Estados Unidos.

Los Países Bajos.

Carlos V había cedido a su hijo Felipe II el gobierno de los Países Bajos, los cuales comprendían entonces, además de las actuales Bélgica y Holanda, el Artois con Lille y Cambrai, y también el Luxemburgo y el Franco Condado borgoñón. Felipe II intentó oponerse al movimiento antiespañol y protestante que conmovía el país por medio de medidas muy rigurosas, acaso demasiado. Introdujo la Inquisición y obtuvo del papa la creación de numerosos obispados, que de cuatro pasaron a dieciocho, lo cual fue también considerado como una opresión. En el año 1566 estalló la

rebelión abierta. Felipe envió a su mejor general, el duque de Alba, pero no pudo obtener éxitos duraderos. Sólo su sucesor, Alejandro Farnesio, biznieto del papa Paulo III y nieto de Carlos V, consiguió que quedaran católicas y españolas al menos las provincias situadas al sur de la desembocadura del Mosela y del Escalda. Las provincias Unidas del Norte formaron desde entonces un estado soberano, que de momento seguía perteneciendo nominalmente al Imperio alemán, hasta que en 1648 la Paz de Westfalia disolvió este último vínculo. La religión oficial era el calvinismo, aunque el nuevo estado encerraba también algunas minorías católicas. Para éstas se estableció en 1602 el vicariato apostólico de Utrecht.

Alemania después de la paz religiosa de Augsburgo.

La mayoría de los príncipes protestantes había ya hecho uso del derecho de decidir la religión de sus súbditos, por lo que fueron muy pocos los cambios aportados a la situación general por la paz de Augsburgo de 1555. De todos modos, el protestantismo conquistó aún algunos nuevos territorios. El Palatinado se reformó en 1556, Baden-Durlach en 1556, Brunswick-Wolfenbüttel en 1568. Todo cambio de gobierno podía traer consigo un cambio de religión. Así Baden-Baden volvió a ser católico en 1569, y el Palatinado hasta fines del siglo XVI cambió cuatro veces entre las confesiones luterana y reformada.

Aunque en la paz de Augsburgo se había estipulado, en virtud del llamado *reservatum ecclesiasticum*, que el derecho de reforma no se extendía a los principados eclesiásticos, los territorios de las antiguas provincias eclesiásticas de Magdeburgo y Bremen quedaron definitivamente perdidos para la Iglesia. En Colonia el arzobispo Hermann von Wied (1515-1546) había ya intentado reformar el principado, pero se estrelló contra la resistencia del emperador y los católicos. El arzobispo Gebhard de Waldburg (1577-1583) repitió el intento, pero fue expulsado violentamente por Ernesto de Baviera, al que el cabildo había nombrado en lugar de aquél. Esta pequeña guerra, llamada «guerra de Colonia», aunque de suyo escasamente importante, representó el alto definitivo puesto a la penetración del protestantismo en Alemania occidental.

En los territorios austriacos, aunque el protestantismo nunca fue introducido oficialmente, los hijos del emperador Fernando I, el emperador Maximiliano II (1564-1576) y su hermano Carlos, archiduque del Austria interior (Estiria, Carintia, Carniola, Gorizia) concedieron tantas libertades a los protestantes, que una gran parte de la población, y con ella casi toda la nobleza inferior, abrazaron la nueva doctrina. Mayores fueron aún los privilegios que el emperador siguiente, Rodolfo II (1576-1612), hijo de Maximiliano, concedió a los protestantes en Bohemia y Silesia. No se

produjo un cambio hasta que el hijo del archiduque Carlos, Fernando II (emperador en 1619-1637), que había heredado de su madre bávara una actitud estrictamente católica, reunió en sus manos los territorios hereditarios de la corona austriaca.

Entretanto, en la Alemania meridional los príncipes que se habían mantenido católicos, habían empezado a hacer también ellos uso del derecho de reforma para restablecer la religión católica en sus territorios. El primero fue Otón Truchsess de Waldburg, como príncipe-obispo de Augsburgo. Siguió su ejemplo, en 1573, Julio Echter de Mespelbrunn en Wurzburg; en 1574 Daniel Brendel de Homburg en el electorado de Maguncia, y, entre los príncipes seculares, en 1564 el duque Alberto V de Baviera. Asustados por este movimiento de contrarreforma, en el año 1608 los príncipes protestantes se juntaron en una «unión» bajo el caudillaje del elector del Palatinado, a lo cual contestaron los católicos, presididos por el duque de Baviera, con la formación de una «liga». Las cosas marchaban directamente hacia la guerra.

La guerra de los Treinta años.

La guerra estalló en el año 1618 en Bohemia, donde los estamentos protestantes, para defender los privilegios que les había concedido el emperador Rodolfo, se levantaron contra el nuevo emperador Fernando II, y eligieron rey de Bohemia al elector del Palatinado. El emperador y la Liga derrotaron a los bohemios en la Montaña Blanca, junto a Praga. La Unión prosiguió la guerra en Alemania, pero los generales de la Liga y del emperador, Tilly y Wallenstein, ganaron batalla tras batalla y sometieron la mayor parte de Alemania. En 1629 el emperador publicó el edicto de restitución: todos los principados espirituales y bienes eclesiásticos, diócesis, parroquias y monasterios que a partir de 1552 habían sido abolidos, en contra del derecho de reserva eclesiástica convenido por el tratado, debían ser restablecidos. Y como el emperador poseía efectivamente el poder suficiente para llevar a la práctica su derecho, la situación llegó a ser parecida a la que siguió a la batalla de Mühlberg; lo que parecía estar en juego era la existencia misma del protestantismo en Alemania. Reaparecía, pues, la posibilidad de que se restableciera la unidad religiosa alemana.

Gustavo Adolfo de Suecia.

La intervención del rey de Suecia, Gustavo Adolfo II, provocó un radical cambio en la situación. Suecia, que ya había intentado incomunicar a Polonia con el Báltico, había de mirar con malos ojos el afianzamiento del poder imperial en aquellos territorios.

Hasta dónde llegaban los planes de Gustavo Adolfo, no podemos saberlo, puesto que su prematura muerte le impidió realizarlos. Es, sin embargo, seguro que entre sus principales móviles figuraba el de venir en ayuda de sus correligionarios protestantes en Alemania. Gustavo Adolfo, un brillante soldado que entre los generales del tiempo sólo tenía rival en Wallenstein, derrotó a Tilly en Leipzig y lo rechazó hasta el Danubio, donde Tilly halló la muerte en una nueva derrota. Pero también Gustavo Adolfo cayó luchando contra Wallenstein en la batalla de Lützen, junto a Leipzig, en 1632. El propio Wallenstein, cuya actitud política se iba haciendo cada vez más dudosa, fue asesinado en Eger por sus oficiales en 1634.

A partir de aquel momento la guerra se atomizó en una serie de campañas conducidas por generales suecos, imperiales, bávaros y otros, con el resultado de que Alemania fue devastada en todas direcciones. Hasta Francia, que ya antes había apoyado a Gustavo Adolfo, intervino ahora abiertamente. Desde los tiempos de Lutero los franceses habían seguido la política de apoyar a los príncipes protestantes contra el emperador, política radicalmente errónea, cuyas fatales consecuencias han tenido que lamentar en tiempos posteriores.

Finalmente, después de las negociaciones de Münster y Osnabrück, se concertó la paz en 1648: la llamada paz de Westfalia. La confesión calvinista era reconocida en el Imperio junto con la de Augsburgo. En los distintos territorios debía observarse el *status quo*, sólo que éste quedaba fijado en el año 1624. Suecia y Francia recibieron, en pago a sus esfuerzos, importantes territorios del Imperio, en el Báltico y en el Rin superior. El papa Inocencio IX protestó contra esta paz, que no sólo perjudicaba gravemente a Alemania, sino que significaba una nueva violación de los derechos de la Iglesia. Para Alemania, que en algunos lugares había perdido hasta dos tercios de su población, empezó ahora un auténtico período de paz, incluso en el aspecto religioso.

Bohemia.

Los antiguos utraquistas, que desde 1475 se habían unido en una hermandad semicismática, habían empezado oponiéndose a las nuevas doctrinas protestantes. Sin embargo, la «confesión de Bohemia», redactada por ellos en 1575 se aproximaba ya al protestantismo, y los hermanos bohemios reclamaron también para sí los privilegios concedidos a los protestantes por la carta real de Rodolfo II. Hubo también una poderosa reacción católica, sobre todo desde que el inteligente Brus de Müglitz ocupó la sede arzobispal de Praga, que llevaba ciento veinte años vacante. Cuán grande era el peligro de que Bohemia entera se hiciera protestante, lo demuestra el hecho de que en 1596 de las mil trescientas sesenta y seis

parroquias del país sólo trescientas treinta y seis tenían un párroco católico. La batalla de la Montaña Blanca en 1620 significó el desastre para los protestantes y para los hermanos bohemios. En la recatolización del país subsiguiente a aquella victoria contrajeron especiales méritos el nuncio en Viena, Carlos Carafa (1621-1628), y aún más el arzobispo de Praga, cardenal Harrach (1624-1667), en colaboración con el eminente capuchino Valeriano Magni. Verdad es que después de la guerra de los Treinta años la población de Bohemia había descendido de dos millones y medio a ochocientos mil habitantes. Pero el país estaba en situación de reponerse de sus pérdidas, y en lo sucesivo permaneció casi totalmente católico.

Polonia.

Bajo el último de los Jaguellones, el débil rey Segismundo II (1548-1572), el protestantismo (luteranos, calvinistas, hermanos bohemios y otros), irrumpió en Polonia por muchos sitios. Antes de la elección del nuevo rey, los protestantes se unieron en Varsovia en un convenio para asegurar sus libertades bajo el futuro gobierno. Pero también en Polonia se había puesto en marcha la restauración católica, gracias especialmente a la actividad del eminente obispo de Ermland, Estanislao Hosius, al que Paulo III había hecho cardenal, y luego también por obra del jesuita Pedro Skarga († 1612), destacada figura de la literatura polaca, que ha merecido el nombre de «Crisóstomo polaco». Hosius llevó los jesuitas a Polonia, donde pronto abrieron universidades y colegios en las principales ciudades. Los reyes que siguieron a Segismundo II, el húngaro Esteban Báthory (1575-1586) y Segismundo III, de la casa sueca de los Wasa, eran rígidamente católicos. Gracias a ellos la mayor parte de Polonia se mantuvo fiel a la antigua religión.

Durante un tiempo pudo abrigarse la esperanza de que, a través de Polonia, pudiera Suecia volver a la unidad de la Iglesia. El hijo de Gustavo I Wasa, Juan III (1568-1592), había tomado por esposa una princesa católica de la familia de los Jaguellones, e inició conversaciones con Roma. Gregorio XIII envió a Estocolmo al jesuita Possevino. En 1578 el rey se convirtió al catolicismo, pero una reconversión del país se reveló imposible. Cuando su hijo Segismundo, católico también, que era ya rey de Polonia, ascendió al trono sueco, tuvo que prometer no hacer nada en menoscabo del protestantismo; mas ni así pudo conservar la corona: a los pocos años, por causa de su fe católica, fue suplantado por el hermano de su padre, Carlos IX, que, lo mismo que su hijo y sucesor Gustavo Adolfo, era rígidamente protestante. La conversión al catolicismo de Cristina, hija de Gustavo Adolfo, ocurrida después de su ascensión al trono en 1654, no ejerció ya la menor influencia sobre los destinos de Suecia.

Ucrania.

Desde 1386 los Jaguellones lituanos eran también reyes de Polonia. Sin embargo, los dos reinos de Polonia y Lituania no se unieron hasta 1596, cuando los Jaguellones estaban ya a punto de extinguirse. En aquel tiempo Lituania llegaba por el sur hasta más allá del Dniéper y comprendía también dentro de sus fronteras a los rutenos de Ucrania, que habían vuelto a ser cismáticos desde la disolución de la Unión florentina. Gracias especialmente a los esfuerzos de los jesuitas Skarga y Possevino, en el año 1596 se efectuó la unión del metropolitano de Kiev con siete eparquías (diócesis sufragáneas) en el sínodo de Brest-Litowsky. Esta unión, aunque con muchas vicisitudes y a despecho de las calamidades que han afligido al desgraciado pueblo ucraniano, se ha mantenido durante trescientos cincuenta años. Durante este tiempo constituía, dentro de la Iglesia católica, el grupo más numeroso de rito oriental. En 1946 fue disuelta por presión del gobierno soviético.

Hungría.

A Hungría el protestantismo llegó muy pronto. La batalla de Mohacs, en 1526, en la que encontró la muerte el rey Luis II de la familia de los Jaguellones, puso a la mayor parte de Hungría bajo dominio turco. El territorio turco alcanzaba hasta el lago Platten y comprendía toda la depresión del Danubio y el Theiss, con inclusión de Budapest y la sede metropolitana de Gran. Pretendían a la sucesión de Luis II como rey de Hungría, tanto el rey de Alemania Fernando I, cuya esposa era hermana de Luis, como el príncipe de Transilvania, Juan Zapolya. La disputa terminó en 1538 con un arreglo entre los dos pretendientes: Zapolya recibió el título de rey de Transilvania y una parte de Eslovaquia hasta Kaschau, y Fernando entró en posesión de la Eslovaquia occidental, la Hungría no ocupada y Croacia. En esta confusa situación política la Iglesia fue perdiendo terreno, hasta que la intervención de Pázmány operó un cambio decisivo. Pedro Pázmány, nacido calvinista, jesuita después de su conversión, arzobispo de Gran desde 1616 a 1637 y cardenal, es una de las más importantes figuras de la historia húngara. De todos modos, el protestantismo siguió recibiendo estímulos desde Transilvania, y en el tratado de Linz de 1645 los protestantes obtuvieron una completa libertad de culto en toda Hungría. Hasta la expulsión de los turcos por el emperador Leopoldo (1658-1705) y la unión de todos los países de la corona de san Esteban bajo los Habsburgos, no obtuvo la Iglesia católica la supremacía en este heterogéneo reino. Gracias a los trabajos del arzobispo de Gran, el cardenal Kollonitsch, en 1697 se efectuó la unión con la Iglesia de los

rumanos cismáticos de Transilvania, para los cuales se fundaron diversos obispos con rito rumano.

Francia.

Pero la lucha más importante que la Iglesia tuvo que sostener en el siglo XVI, fue la entablada por la conservación de Francia. Si Francia hubiera entonces apostatado, como durante algún tiempo pareció que iba a ser el caso, ello hubiera significado para la Iglesia, no la muerte, pero sí un retroceso de varios siglos en su historia.

Por mucho que otras naciones discutan las pretensiones de Francia de ser la hija mayor de la Iglesia, por mucha burla que se haga del viejo dicho de *gesta Dei per Francos*, la indiscutible verdad es que, casi desde los tiempos de Clodoveo, Francia ha constituido no sólo el corazón geográfico de la Iglesia, sino también su centro espiritual. De Francia partieron casi todos los grandes movimientos religiosos de la Edad Media: Cluny y Claraval, las cruzadas, el arte gótico, la escolástica. Es un hecho elocuente el que los grandes fundadores de órdenes extranjeros, el irlandés Columbanus en el siglo VI, los alemanes Bruno y Norberto en los siglos XI y XII, los españoles Domingo e Ignacio en los siglos XIII y XVI, todos ellos iniciaran en Francia sus fundaciones que tan fructíferas se habían de revelar para la vida entera de la Iglesia; fue asimismo en París donde enseñaron los grandes príncipes de la escolástica, cualquiera que fuera su procedencia: el lombardo Pedro, el inglés Alejandro de Hales, el alemán Alberto el Magno, y el napolitano Tomás de Aquino. Verdad es que mucho pecó también Francia contra la Iglesia y el papado. Pero los desafueros de Felipe el Hermoso, el exilio de Aviñón, el Gran Cisma y las teorías conciliares fueron a su modo expresión de la supremacía física y espiritual de Francia. Con haber sido ya tan grande el daño inferido a la Iglesia por la separación de Inglaterra y de media Alemania, la apostasía de Francia hubiera arrastrado tras sí consecuencias totalmente incalculables.

Los reyes de Francia Francisco I (1515-1547) y Enrique II (1547-1559), aunque favorecieran más o menos abiertamente a los príncipes protestantes en su lucha contra el emperador, esperando que la escisión religiosa de Alemania acarrearía una debilitación del poder político de Carlos V, hicieron también, y por las mismas razones, cuanto estuvo en su mano para evitar en Francia una división semejante. De todos modos, mientras procuraban mantener el luteranismo alejado de sus fronteras, no pudieron evitar que se formara un partido calvinista bajo el caudillaje político de la casa de Borbón.

Los duques de Borbón eran una línea segundona de la casa real, fundada por Roberto, hijo de Luis el Santo. Jefe de la casa era el duque Antonio, que ostentaba el título de rey de Navarra. La mayor parte de este

antiguo reino vasco había pasado a poder de España desde 1512-1515. En las últimas luchas por la ciudad de Pamplona había recibido sus heridas el joven Íñigo de Loyola en el año 1521. Pero la importancia de la casa de Borbón no descansaba sobre este título, sino sobre la posibilidad de que se extinguiera la reinante casa de Valois, en cuyo caso los Borbones pasarían a ser reyes de Francia.

El caudillo político del partido católico era el duque Francisco de Lorena y Guisa, primo de Antonio de Borbón-Navarra. El plan del partido consistía, en caso de extinguirse la casa de Valois, excluir de la sucesión a los miembros calvinistas de la línea de Borbón y entregar la corona francesa a los Guisa católicos.

Las guerras de los hugonotes.

Tras la muerte del rey Enrique II, su viuda Catalina de Médici, sobrina segunda de León X, ejerció la regencia en nombre de sus hijos menores de edad. Mujer astuta y sin principios, como auténtica Médici que era, quiso estar bien con todos y al fin no conservó la amistad de ninguno. Tomó como corregente a Antonio de Navarra y de acuerdo con él concedió en 1562 plena libertad de culto a los calvinistas. Libertad de culto significaba entonces en Francia, como en cualquier otra parte, algo así como carta blanca para proceder contra la Iglesia católica. El resultado fue una guerra civil, las ocho guerras llamadas de los hugonotes, que duraron desde 1562 hasta 1588. El nombre «hugonotes», empleado para designar a los calvinistas franceses, parece que viene de la palabra suiza *Eidgenossen* (confederados).

Ya al principio del conflicto murieron tanto Antonio de Navarra como Francisco de Guisa, y tomaron la dirección de sus respectivos partidos los hijos de aquéllos, Enrique de Navarra y Enrique de Guisa. La reina Catalina desposó a su hija Margarita con Enrique de Navarra, para ganarse a los calvinistas, pero luego conspiró con los Guisa para que los calvinistas no se hicieran demasiado poderosos. Las bodas de Enrique de Navarra, que debían celebrarse en París con asistencia de los jefes del partido calvinista, habían de facilitar la ocasión para deshacerse de éstos. El golpe no salió bien. Espantada entonces la reina y su gente por el fracaso, organizaron a toda prisa una matanza mucho más amplia que la planeada en principio. Tal fue la famosa «noche de san Bartolomé», o las «bodas de sangre de París».

Naturalmente que con este crimen prestó la reina un flaco servicio a los católicos. La guerra civil estalló de nuevo con redoblada violencia. Entre tanto había subido al trono el hijo menor de Catalina, Enrique III, y como carecía de descendencia, lo mismo que sus hermanos prematuramente fallecidos, la extinción de la casa de Valois parecía

inminente. Enrique de Navarra, heredero del trono, se había convertido apresuradamente al catolicismo bajo el terror de la noche de san Bartolomé, pero ya en 1576 había vuelto al calvinismo. El partido católico, decidido a no tolerar en modo alguno a un rey protestante, formó la «liga santa» y entró en tratos con Felipe II de España. Lo que más importaba a la liga era atraer al papa a su campo, para que por medio de censuras eclesiásticas separara de Enrique de Navarra a sus numerosos partidarios católicos. Pero Sixto V era un político demasiado clarividente para no prever la victoria final del de Navarra. Naturalmente que también él deseaba que el trono francés estuviera ocupado por un católico. Pero esperaba poder llegar a este resultado por otro camino que por el de entronizar a un Guisa gracias a la intervención de Felipe II. El rey español y la liga tomaron muy a mal esta actitud de Sixto V. Fue uno de aquellos casos, no raros en la historia, en que los católicos exaltados pretenden ser más papistas que el papa.

La conversión de Enrique IV.

La decisión la trajeron las armas en la guerra de «los tres Enriques»: el rey Enrique III, Enrique de Navarra y Enrique de Guisa. En 1588 el rey hizo asesinar a Enrique de Guisa, para ser él a su vez asesinado un año después. El trono quedó vacante. Puesto que no quedaba con vida ningún otro Guisa, la liga pensó en hacer rey al anciano cardenal de Borbón, hermano de Antonio de Navarra. Pero éste estaba ya preso y en poder de Enrique de Navarra, y murió en 1590. Todo el mundo comprendió que no había más remedio que hacer rey al navarro, tanto por su condición de Borbón como por ser esposo de la última Valois. Y por su parte Enrique comprendió que, si quería ser rey de veras, tenía que hacerse católico. «París bien vale una misa», dijo, según la leyenda. En 1593 volvió a convertirse al catolicismo, «en el fuero de la conciencia», como dice el derecho canónico; la reconciliación definitiva dependía del papa. Enrique IV envió legados a Roma para solicitar el levantamiento de las censuras eclesiásticas que sobre él pesaban.

Dada la escrupulosa conciencia de Clemente VIII, se comprende que éste vacilase. Como político no podía menos que saludar con alborozo el regreso de Enrique al seno de la Iglesia, pero al mismo tiempo era natural que desconfiara de un hombre que ya había cambiado de religión dos veces. En su calidad de sacerdote no podía rechazar la solicitud de entrar en la Iglesia, siempre que se dieran las garantías necesarias. Enrique IV prestó estas garantías por intermedio de su embajador Duperron, el futuro cardenal, que, converso él mismo y sacerdote, había tomado a su cargo la instrucción de Enrique IV en la fe católica. Así se llegó en 1595 a la memorable absolución de Enrique IV por el papa, gracias a la cual Francia volvió a ser la gran potencia católica que había sido.

En lo sucesivo, Enrique IV justificó la confianza que en él había depositado el papa. Sólo un fanático puede echarle en cara su preocupación de restablecer ante todo la paz interior en su país, devastado por tantos años de guerra civil, y que para ello fuera tolerante con los hugonotes, a los que concedió importantes privilegios en el edicto de Nantes de 1598. Por su parte, aunque su vida privada dejara algo que desear, se mantuvo fiel al catolicismo, y bajo su gobierno se inició aquel espléndido florecimiento de la Iglesia francesa que permitió a Francia representar durante el siglo XVII el papel de conductora de las naciones católicas, que España había desempeñado durante el siglo XVI.

Importancia numérica de los católicos después de la reforma.

Después del caos religioso del siglo XVI, en la primera mitad del XVII volvió a implantarse la tranquilidad. Los países protestantes se habían separado de los católicos, como la tierra y el agua en el tercer día de la creación. Es cierto que los países protestantes ofrecían entre sí muchas diferencias en lo referente a doctrina y organización religiosa, pero todos tenían una cosa en común, y es que indudablemente habían dejado de formar parte de la Iglesia católica.

La separación había sido de carácter territorial. En los siglos XVII y XVIII era posible hacer un mapa exacto de las distintas confesiones, mientras que ahora la confusión es tan grande, que no hay que pensar en fijar geográficamente la extensión de los distintos credos. Estado, dinastía y confesión eran entonces conceptos poco menos que coincidentes. Incluso en Alemania, donde el mapa religioso de los siglos XVII y XVIII hace el efecto de una mezcla inextricable, la distinción era muy clara, y cada territorio constaba o sólo de católicos o sólo de protestantes, lo mismo que ocurría con los cantones suizos. Existía, sí, una diáspora protestante en algunos países católicos, sobre todo en Francia, Hungría y Polonia, y a la inversa, una diáspora católica en Inglaterra, Holanda y parte de la Alemania protestante; pero estas minorías eran numéricamente tan insignificantes, que apenas pueden tomarse en cuenta. El único país de alguna extensión que se mantenía casi totalmente católico bajo un dominio protestante, era Irlanda.

En el mapa, la frontera septentrional de la Iglesia en los siglos XVII y XVIII está formada por una línea que a lo largo de la costa meridional de Inglaterra corre por el centro de Europa hasta el ángulo noroeste de Bohemia. La católica Irlanda quedaba al norte de esta línea. En la Alemania occidental Westfalia formaba, en la línea descrita, un saliente hacia el norte, y en Alemania central el territorio protestante describía una inflexión hacia el sur en Turingia y Franconia. Luego, a partir del lado norte de Bohemia, la frontera católica torcía al norte hasta Lituania, para

terminar en la muralla del cisma ruso bizantino, que discurría de norte a sur.

En cuanto a cifras de población, no disponemos de estadísticas fidedignas hasta fines del siglo XVIII. Las estimaciones de los contemporáneos, y las de los historiadores modernos, presentan grandes discrepancias, sobre todo en lo referente a Francia, Alemania y España. Según un reciente estudio (Jos. Grisar, en *Studi e Testi*, 125, Città del Vaticano 1946), hacia 1700 Europa debía de contar con unos noventa millones de habitantes. De ellos de quince a dieciocho millones corresponden a la Rusia europea y a la península balcánica, entonces en poder de los turcos, países todos ellos ortodoxos en su mayoría; los protestantes de todas las denominaciones contarían unos veintidós millones, y los restantes cincuenta millones serían católicos. Así, pues, en los siglos siguientes a la Reforma, la población católica gracias a su crecimiento natural había vuelto a alcanzar la cifra anterior a la escisión religiosa. Hay que contar, además, la cifra de católicos establecidos ya entonces en las colonias, especialmente las americanas, que puede estimarse entre cinco y diez millones; de este modo, el número total de católicos sería de unos sesenta millones, o sea el doble de lo que es verosímil calcular para el siglo XIII.

Con mucho, el número más importante de católicos correspondía a Francia, con diecinueve o veinte millones, un tercio de la Iglesia entera. En segundo lugar venía España. La población de España había descendido en el siglo XVII, pero era aún superior a los diez millones. La de las colonias, en cambio, había crecido. Alemania estaba casi tan poblada como Francia, pero los católicos eran allí sólo ocho o diez millones, con lo que Alemania venía a tener aproximadamente tantos católicos como Italia. Para Polonia y Lituania podemos calcular unos cinco millones de católicos, y unos dos millones en los Países Bajos. Portugal no llegaba entonces a los dos millones. Irlanda, los cantones católicos de Suiza, la diáspora inglesa y otros islotes, debían arrojar en conjunto algo más de un millón de almas.

En los países católicos los fieles seguían viviendo entre sus iguales, como siempre habían hecho. Pero se advertía una gran diferencia respecto a la Edad Media. En los tiempos medievales, haciendo abstracción del Oriente cismático, con el cual se tenían muy pocas relaciones, Europa formaba una única familia de pueblos cristianos. Europa era la Iglesia católica, y al exterior quedaba el mundo de los paganos. Ahora había surgido dentro de la propia Europa un territorio extranjero, una Europa no católica. En la Edad Media habían menudeado los conflictos entre reyes y papas, pero nadie había discutido a la Iglesia como tal. Ningún mérito tenía entonces ser católico, mientras que ahora la cosa se había hecho más difícil. Se había constituido dentro del continente europeo un amplio frente que

luchaba contra la Iglesia, echándole en cara todos los pecados que pudiera haber cometido, en el pasado y en el presente.

Por otra parte, la Iglesia había empezado a extenderse fuera de Europa. Mucho le faltaba para ser la Iglesia universal que es hoy, pero ya no era tampoco la Iglesia medieval, estrictamente encerrada en sus angostas fronteras territoriales. Disponía, pues, de reservas para el futuro.

En los países que se conservaron católicos, la vida de la Iglesia se desarrolló en condiciones muy favorables, demasiado casi. Casi todos ellos volvieron a conocer un período de gran esplendor en el siglo XVII y principios del XVIII. Nadie sospechaba las graves crisis que el destino reservaba para fines de este periodo.

Cambios políticos en Europa después de la guerra de los Treinta años.

En 1683 los turcos habían sitiado por segunda vez a Viena, pero sufrieron una derrota tan severa, que en los años siguientes las tropas del emperador Leopoldo I (1658-1705) pudieron rechazarlos, hasta muy lejos. A fines del siglo XVII volvían a estar bajo el dominio católico Hungría entera y Transilvania hasta los Cárpatos. Peligroso para la Iglesia fue, en cambio, el progreso de Prusia hasta convertirse en una gran potencia protestante, que se iba incorporando diversos distritos católicos. Así pasaron a Prusia el ducado de Cleves y el condado de la Marca en 1666, Güeldres en 1715, Silesia definitivamente en 1763. De todos modos, Federico el Grande (1740-1768) procuró dejar inalterada la situación política de los católicos, a pesar de lo cual los papas tardaron mucho (hasta 1788) en decidirse a reconocer formalmente el título de rey que en 1701 había tomado el elector de Brandenburgo. Las particiones de Polonia, iniciadas en 1772, cuyo resultado final fue colocar bajo dominio ruso la parte mayor de este antiguo reino católico, fueron perjudiciales a la vida eclesiástica. Sin embargo, era ya un cierto progreso desde los tiempos de la Reforma, que los cambios territoriales políticos no significaran sin más ni más cambios en la religión de sus poblaciones.

En cuanto a la Europa occidental, los cambios políticos afectaron sólo a las dinastías católicas. En España, tras la extinción en 1714 de la dinastía habsburguesa, subió al trono la de los Borbones. Por la paz de Rastatt en 1714 los Países Bajos españoles pasaron a Austria, y también Nápoles fue durante un tiempo austriaco (hasta 1735). El avance de Francia hasta el Rin (Estrasburgo 1681) no tuvo tampoco consecuencias inmediatas para la Iglesia.

FRANCIA, GRAN POTENCIA CATÓLICA

Desde la conversión de Enrique IV Francia había recuperado el puesto de nación adelantada de la Iglesia, que ya había ocupado en la Edad Media. Es de notar, sin embargo, que entre los reyes que gobernaron en Francia durante la época del llamado absolutismo, no hubo ningún san Luis ni ningún Felipe II. La vida religiosa de la nación era intensa, pero lo era a despecho del ejemplo de los soberanos. Luis XIII (1610-1643), hijo de Enrique IV, fue un buen rey, pero insignificante y de escasa iniciativa. Su hijo Luis XIV, con cuyo largo reinado (1643-1715) coincide la edad de oro de la Iglesia francesa, fue sin duda uno de los más poderosos soberanos de la historia universal, pero distó mucho de realizar el ideal de monarca cristiano, no sólo por su alianza con los turcos contra el emperador y su desconsiderada conducta con los papas, sobre todo con Inocencio XI, sino aún más por su inmoral vida privada. Su biznieto y sucesor Luis XV (1715-1774) era no sólo inmoral sino incapaz. Tampoco los ministros, que en la época del absolutismo a menudo contaban más que el rey, siguieron siempre una política favorable para la Iglesia.

Uno de los más curiosos fenómenos de este tiempo es el de los ministros de Estado revestidos de la púrpura cardenalicia. La práctica no es exclusiva de Francia; así hubo el cardenal Klesl, canciller del emperador Matías hasta su desgracia en 1618, el cardenal Nidhard († 1681) ministro de Felipe IV de España, el cardenal Alberoni valido de Felipe V desde 1714 hasta su desgracia en 1719. En Francia los más famosos son el cardenal Richelieu, dueño absoluto de la política bajo el reinado de Luis XIII desde 1624 hasta su muerte en 1642, y su sucesor, el cardenal Mazarino, un italiano que durante la minoridad de Luis XIV ejerció la regencia hasta 1661. Incluso durante Luis XV ocuparon temporalmente una situación análoga los cardenales Fleury († 1743) y Bernis (ministro del exterior en 1757, embajador en Roma en 1769). Escaso fue el provecho que por lo común aportaron a la Iglesia estos estadistas purpurados. Más beneficiosos resultaron los confesores de la corte, otro de los fenómenos característicos del tiempo. Por lo común eran jesuitas o miembros de otras órdenes, que en su difícil situación pudieron hacer mucho bien o al menos evitar muchos males. Los más conocidos son Guillermo Lamormaini, confesor de 1624 a 1637 del emperador Fernando II, y Francisco Lachaise, al que desde 1675 incumbió la espinosa misión de dirigir la conciencia de Luis XIV.

Obispos, santos y personalidades religiosas.

El episcopado francés puede presentar en ésta época una abundantísima serie de grandes pastores de almas, muchos de los cuales destacaron también como escritores. A la cabeza de todos está el santo doctor de la Iglesia Francisco de Sales († 1622), obispo de Ginebra-

Annecy, uno de los escritores ascéticos más leídos de la Edad Moderna. Además, el cardenal Duperron, que desempeñó un relevante papel en la conversión de Enrique IV, muerto en 1618 siendo arzobispo de Sens; los famosos oradores sagrados Bossuet, obispo de Meaux († 1704), Fléchier, obispo de Nîmes († 1710), Fénelon, obispo de Cambrai († 1715). Fueron también activos pastores de almas el obispo Godeau de Vence († 1672), uno de los primeros miembros de la Academia francesa, y el obispo Huet de Avranches († 1721), en cuyos escritos filosóficos se advierte ya una fuerte tendencia hacia el escepticismo. Algunas de estas personalidades se dejaron contaminar algo por el jansenismo, lo cual no les impidió ser excelentes pastores de almas a su manera, como Gilberto Choiseul du Plessis († 1689), obispo de Comminges y después de Tournai, Esteban Le Camus († 1707), arzobispo de Grenoble y cardenal.

Fuera del episcopado fue también rico este tiempo en santos y escritores religiosos. El mayor de todos es san Vicente de Paúl († 1660), uno de los santos más populares de hoy como fundador de las formas modernas de la caridad. Otras grandes figuras son: el cardenal Bérulle, capellán de Enrique IV y luego presidente del Consejo de Estado († 1629), fundador de los oratorianos franceses e importante escritor ascético; el santo párroco de San Sulpicio de París, Olier († 1657), fundador de los sulpicianos; san Juan Eudes († 1680), junto con Olier y Vicente de Paúl uno de los grandes educadores del clero; san Juan Bautista de la Salle († 1719), fundador de los Hermanos de las escuelas cristianas; san Pedro Fourier († 1640), canónigo de San Agustín y fundador de una congregación de hermanas de la enseñanza; san Francisco Regis S.I. († 1640), misionero del Languedoc; el famoso predicador de Nôtre Dame, Bourdaloue († 1704). Entre las mujeres que destacaron por su santidad, merecen citarse: Luisa de Marillac, viuda Le Gras, que con san Vicente de Paúl fundó las Hermanas de la caridad; santa Francisca de Chantal, fundadora con san Francisco de Sales de la orden de la Anunciación. A esta orden pertenecía santa Margarita Alacoque, que al hacer revivir la devoción al Corazón de Jesús dio un fuerte impulso a la moderna piedad católica.

No cabe duda que en este período Francia enriqueció la Iglesia con valores permanentes, en no menor medida de lo que había hecho en el siglo XIII, la época de la escolástica y de las órdenes mendicantes. Ello no es obstáculo, sin embargo, para que en la espiritualidad de entonces haya muchos rasgos que nos choquen, por estar demasiado ligados a su tiempo. Uno de ellos es el intenso carácter cortesano y elegante de la vida eclesiástica. La piedad se había puesto de moda. Obispos y santos se movían con gran naturalidad en los salones y en la corte real. Bossuet, Huet, Fénelon eran preceptores de príncipes. Bérulle y Vicente de Paúl tenían asiento en el consejo del rey. Hasta los más celosos obispos diocesanos tenían siempre asuntos que despachar en París. Otra

peculiaridad era la dirección de las almas individuales, convertida en un verdadero arte. No se paraba de hablar a las conciencias, de palabra o por escrito. No es que esta actividad fuera inútil; había realmente mucha virtud auténtica y mucha santidad, pero era una santidad que gustaba demasiado de tocarse con pelucas empolvadas.

El jansenismo.

El sabio holandés Cornelio Jansen, en latín Jansenius, obispo de Yprés, dejó a su muerte, en 1638, una obra sobre la teología de san Agustín, en la que enseñaba que la naturaleza humana había quedado totalmente pervertida por el pecado original y que la gracia divina operaba de un modo irresistible, doctrinas que se aproximaban peligrosamente al calvinismo. El libro fue condenado en 1642 por Urbano VIII. Encontró, empero, muchos defensores. Siempre ha habido gente que en teología creen que lo más elevado es lo más verdadero, y que en la moral lo más rígido es lo mejor. Y es natural que tal gente abundara en una época de gran tensión espiritual, como la que sin disputa atravesaba Francia en el siglo XVII. Los jansenistas no tenían la menor intención de separarse de la Iglesia; es más, eran exageradamente eclesiásticos. Su propósito era reformar, la Iglesia. Su centro era el convento de monjas cistercienses de Port Royal, dirigido por la virtuosa abadesa Angélica Arnault († 1661). El hermano de Angélica, Antonio Arnault, doctor de la Sorbona († 1694), era el caudillo espiritual del movimiento. En 1643 publicó un libro, que pronto se hizo famoso, *Sobre la comunión frecuente*, en el que se exageraban hasta tal punto los requisitos para la recepción de la comunión, que entre los jansenistas llegó a tenerse por más perfecto abstenerse de la eucaristía por puro respeto ante ella.

Entre la teoría fundamental de Jansenio, de que el hombre no puede resistir a la gracia divina, y el extremado rigorismo que los jansenistas profesaban en el ascetismo y la moral, no existe ninguna conexión lógica necesaria, sino más bien una relación psicológica, advertible ya en el hecho de que ambas doctrinas, la moral y la teoría de la gracia jansenistas, estaban dirigidas contra los jesuitas. Pasaron al campo jansenista todos los que sentían antipatía por la Compañía de Jesús. El famoso Blas Pascal, en sus *Cartas provinciales*, que a pesar de todas las censuras fueron leídas en toda Europa, acuñó el tópico del laxismo jesuítico, con el que causó un gran daño al prestigio de la orden.

Combatir a los extremistas fanáticos ha sido siempre una tarea muy desagradable; así la lucha contra los jansenistas se reveló muy difícil desde un principio. San Vicente de Paúl, que como experto pastor de almas conocía con toda precisión los desfavorables efectos del jansenismo, obtuvo que ochenta y ocho obispos franceses presentaran el asunto a la

consideración de Inocencio X. En 1653 el papa condenó cinco proposiciones dogmáticas en las que se resumía la doctrina de Jansenio. Los jansenistas alegaron que las proposiciones eran realmente heréticas, pero que Jansenio jamás las había sostenido. Una sumisión a medias no tuvo efecto hasta dos pontificados después, bajo Clemente IX: fue la llamada «paz Clementina», que los jansenistas se inclinaban a interpretar como una aprobación de su postura. Los ánimos volvieron a excitarse cuando Clemente XI, en su bula *Unigenitus* (1713), condenó las doctrinas de Quesnel, un jansenista francés emigrado a los Países Bajos. La aceptación o no aceptación de la bula *Unigenitus* fue la señal distintiva por la que se conocía a los jansenistas y a los católicos. Sin embargo, el jansenismo desde entonces no cesó de retroceder. El último obispo que había favorecido aún abiertamente la causa de los jansenistas, el cardenal Noailles de París, se sometió antes de su muerte en 1729. Las religiosas de Port Royal, que ya en 1669 se habían atraído el entredicho, fueron al final excomulgadas (1707), y su convento demolido por orden del gobierno. En Holanda existe aún hoy una comunidad jansenista que cuenta unos miles de almas; desde hace tiempo están separados de la Iglesia católica, pero la ordenación de sus obispos y sacerdotes es válida. Como herejía dogmática, el jansenismo no contó nunca con muchos partidarios, y aún menor fue el número de los que por su causa se separaron de la Iglesia. En cambio, ejerció una influencia muy extensa en las formas de la piedad y de la ascética. Muchas de sus extremas exigencias se han perpetuado durante largo tiempo y hasta el siglo XIX no han sido reducidas a su medida recta y prudente: tales las referentes a la dignidad de la profesión sacerdotal, a la recepción de los sacramentos, a la incondicional obediencia al director espiritual privado, a la separación del puro amor de Dios del motivo de la esperanza.

El galicanismo.

Por galicanismo se entiende, en primer lugar, el conjunto de las llamadas «libertades galicanas», es decir, de los derechos y privilegios que el rey de Francia y su gobierno desde antiguo poseían o creían poseer, referentes sobre todo a la provisión de cargos eclesiásticos y a la tributación de los bienes de la Iglesia, así como ciertos privilegios del clero francés, como la «apelación por abuso» de un tribunal eclesiástico a uno civil. Tales privilegios, recopilados ya en la Pragmática Sanción de Bourges (1438), pero nunca reconocidos en bloque por los papas, fueron ocasión frecuente de litigios entre Roma y el gobierno francés. En la época del absolutismo, estas libertades, que en su origen afectaban sólo al derecho canónico, recibieron también una cimentación teológica, con lo que vinieron a ganar una trascendencia que rebasaba con mucho las fronteras de

Francia. Según esta teoría, al papa no le compete poder alguno en las cosas temporales, ni siquiera indirectamente; su primado en las materias puramente espirituales está limitado por la autoridad del concilio general, y sus definiciones dogmáticas dependen de la aprobación del conjunto de la Iglesia. De acuerdo con estos principios, el galicanismo recibió su formulación clásica bajo Luis XIV en los cuatro artículos galicanos de 1682, redactados por Bossuet, a los que el rey dio fuerza de ley, disponiendo que fueran enseñados en las escuelas de teología. Inocencio XI protestó contra los artículos, pero los papas evitaron pronunciar una condena formal, para no provocar un cisma. Con esta ocasión se produjo una curiosa inversión de los frentes: los jansenistas, que eran en general combatidos por el gobierno, se pronunciaron al principio contra el galicanismo, a pesar de su espíritu antipapal; sus adversarios, en cambio, y entre ellos algunos jesuitas, aunque favorables al papado, se pusieron del lado de los galicanos, porque del gobierno esperaban toda clase de bienes. De todos modos, posteriormente el galicanismo y el jansenismo se fundieron a menudo en una única actitud antipapal.

Todavía en la segunda mitad del siglo XVIII el galicanismo influyó sobre las teorías intensamente antipapales del obispo de Tréveris, Hontheim, el cual en un libro publicado en 1763 bajo el seudónimo de Febronius, atacó el primado del papa con gran acopio de argumentos científicos; su influencia se advierte también en las concepciones politicoescolásticas del emperador José II, y, en Italia, en las conclusiones del sínodo diocesano de Pistoia de 1786, de carácter marcadamente jansenista y febroniano.

Alemania en la época del barroco.

Los territorios católicos de Alemania se repusieron con asombrosa celeridad de los daños de la guerra de los treinta años. Se hacía sentir por doquier una nueva y sana alegría de vivir, que halló su expresión en las innumerables construcciones y esculturas religiosas y profanas del estilo barroco, que aun hoy dan su sello característico al paisaje austriaco y alemán del sur. Casi todas ellas surgieron en los decenios de antes y después de 1700. Son iglesias y conventos de gran monumentalidad, como el incomparable de Melk en el Danubio, San Florián en Linz, Ottobeuren en el Allgau bávaro, Weingarten en Württemberg, Einsiedeln en Suiza, los Catorce Santos en Bamberg, un incalculable número de pequeñas iglesias y ermitas rurales, a veces escondidas en remotos valles, las columnas dedicadas a la Virgen o a la Trinidad que adornan las plazas ciudadanas, y las humildes imágenes en las encrucijadas solitarias. Para esta riqueza artística, que en aquel tiempo sólo tenía rival en Italia, las generaciones del siglo XIX han sido por completo ciegas y en su desencaminado entusiasmo

por el arte han destruido muchas obras de valor. Hoy se vuelve a tener ojos para apreciar el mérito artístico del barroco alemán y para estimar su sincero sentimiento religioso.

Sin embargo, tampoco conviene sobreestimar la profundidad de estos valores religiosos. No se trataba de una espiritualidad llameante, de una mística encendida. Los católicos de la época barroca no se planteaban problemas. Se sentían en la posesión segura de la verdad, estaban contentos de Dios y del mundo, y el cielo era una perspectiva que les alegraba. Era una religiosidad del terruño, profundamente arraigada, que impregnaba la vida entera; pero era el pan de cada día, no un manjar exquisito. No ha producido grandes santos, aunque tampoco era terreno abonado para jansenistas e iluminados.

Entre los religiosos de aquel tiempo hallamos magníficas figuras locales, pero apenas ninguna de la talla suficiente para hacerse conocer fuera de las fronteras de Alemania. Tenemos, por ejemplo, el venerable Bartolomé Holzhauser, canónigo de Tittmoning sobre el Inn, luego deán en San Juan en el Tirol, finalmente párroco de Bingen († 1658), que formó comunidades dedicadas a la cura de almas y ejerció una saludable influencia sobre la formación del clero; el santo misionero Felipe Jeningen S.I. de Eichstätt († 1704 en Ellwangen); el badense Ulrico Megerle, un agustino que se hizo famoso en Viena bajo el nombre religioso de Abraham de santa Clara, predicador y escritor popular de ingenio chispeante y algo rústico, que no tenía empacho en cantar las verdades más rudas a la sociedad cortesana vienesa († 1709); el excelente poeta Federico von Spee S.I., uno de los primeros que se alzó contra la abominación de los procesos de brujería († 1635 en Tréveris). Escritores populares muy leídos fueron el piadoso capuchino Martín de Cochem († 1712) y el premonstratense de Colonia Leonardo Goffine († 1719), cuya *Handpostille*, explicación de los evangelios dominicales, publicado por primera vez en 1687, fue hasta muy entrado el siglo XIX, una de las lecturas familiares más difundidas. Si queremos apreciar toda la distancia que media entre la vida religiosa en la Alemania de entonces y la contemporánea religiosidad de Francia, no tenemos más que comparar a Bartolomé Holzhauser con Olier, el fundador de los sulpicianos, o a Martín de Cochem con su piadoso correligionario José de París, el exaltado colaborador político de Richelieu († 1638), o a la beata Crescencia de Kaufbeuren († 1744) con santa Margarita Alacoque. Ambos países eran católicos de pies a cabeza, pero a la religiosidad alemana, por pura y auténtica que fuera, la faltaba aquella grandeza que sin duda alguna la francesa poseía.

La influencia religiosa de la Alemania católica se extendía entonces hasta muy al Este, hacia Bohemia, Silesia, Polonia, Hungría, Yugoslavia. Pero en el aspecto religioso la época barroca tenía también sus facetas oscuras. La vida era demasiado fácil para el clero, para los obispos y los

conventos. Aunque no vivieran en la opulencia ni se entregaran al vicio, adoptaban unos aires en exceso señoriales y eran poco dados a las cosas del espíritu. Se construían palacios y castillos por el puro placer de construir. Cualquier príncipe-obispo, cualquier príncipe-abad pretendía ser un pequeño Luis XIV y tener su pequeño Versalles, siguiendo el ejemplo de los príncipes seculares del tiempo. La causa de ello no es sólo, como muchas veces se dice, el hecho de que la mayoría de los prelados alemanes procedieran de la nobleza. Un noble puede ser tan buen obispo como cualquier otro, y los abades, que a menudo eran de muy humilde procedencia, eran tan dados al boato como los grandes señores espirituales de las diócesis feudales. Tampoco puede decirse que los príncipes religiosos oprimieran al pueblo y olvidaran sus deberes para con los menesterosos. El viejo dicho de que se vive bien a la sombra del báculo, se acreditó hasta fines del siglo XVIII. La caridad y la asistencia social estaban aún en gran parte en manos del clero, y ello no constituía ninguna desventaja para los pobres. Lo malo era que el clero se sentía demasiado seguro. Se había perdido todo sentido de responsabilidad para el porvenir. A nadie se le ocurriría pensar que estaban viviendo sobre un volcán, mejor dicho, que vivir sobre un volcán es el constante destino de la Iglesia.

Italia.

El espíritu religioso de los siglos XVII y XVIII se refleja también en Italia en el arte barroco. Acaso haya producido un menor número de obras monumentales que en Alemania, si prescindimos de las grandes construcciones romanas de Bernini y Borromini y quizá también de las venecianas de Longhena; pero sobresalió en la decoración interior de iglesias y capillas, con gran profusión de oro, estucos, mármol, estatuas y retablos, encargados por conventos, hermandades y familias, y también en las imágenes domésticas de la Virgen, llenas de fantasía, que aún hoy en Roma, Nápoles y hasta en los más insignificantes villorrios dan testimonio de la arraigada religiosidad de aquel tiempo.

También Italia era entonces una tierra de santos. Un tipo especial, frecuente sobre todo en el sur, era el de los predicadores y misioneros populares, que recorrían sin parar las ciudades y las aldeas. Entre sus primeros representantes figuran los santos capuchinos José de Leonissa († 1612) y Lorenzo de Brindis († 1619); además, los santos franciscanos Pacífico de Sanseverino († 1721), José de la Cruz († 1734 en Nápoles) y Leonardo de Porto Mauricio († 1751); entre los jesuitas san Francisco de Gerónimo, apóstol de Nápoles († 1716) y el beato Antonio Baldinucci en el Lacio († 1717). A todos supera san Alfonso María de Liguorio († 1787), napolitano también y obispo de Santa Agueda de los Godos, fundador de una orden especial de misioneros populares, los redentoristas. Su interés en

formar hábiles confesores lo llevó al campo de la teología moral, en el que llegó a ser una de las primeras autoridades. Pío IX lo declaró doctor de la Iglesia en 1871. Otra orden, de regla extraordinariamente rigurosa y dedicada también a las misiones populares, fue la de los pasionistas, fundada por san Pablo de la Cruz († 1775). San Juan Bautista de Rossi († 1764), desde su modesto puesto de canónigo en Santa María in Cosmedín, desarrolló en Roma una intensa labor pastoral. Se distinguen por sus altas gracias místicas san José de Cupertino, franciscano conventual († 1663), y una serie de santas mujeres, como la terciaria franciscana Jacinta Mariscotti († 1640 en Viterbo), las capuchinas Verónica Giulianis († 1727 en Città di Castello) y Magdalena Martinengo († 1737, en Brescia), las carmelitas María de los Ángeles (condesa Baldissero, † 1661 en Turín) y Teresa-Margarita Redi († 1770). Santa Lucía Filippini († 1732) fundó una comunidad de hermanas de la enseñanza. Entre los obispos italianos del siglo XVII destacan, además de san Roberto Belarmino († 1621), el sobrino de san Carlos; Federico Borromeo († 1631), arzobispo de Milán y cardenal, fundador de la Ambrosiana, del que Manzoni trazó un retrato ideal en *I Promessi Sposi*, y el beato Gregorio Barbarigo († 1697), cardenal y obispo de Padua.

En la segunda mitad del siglo XVIII la Ilustración penetró en Italia, como en los demás países católicos, ganando muchos adeptos en las clases intelectuales y hasta en los altos círculos eclesiásticos. Pero en conjunto puede afirmarse que apenas había otro pueblo que, en el aspecto religioso, estuviera tan bien preparado para resistir a la crisis que había de estallar en los últimos años de este siglo.

Las ciencias eclesiásticas.

En el cultivo de las ciencias eclesiásticas durante los siglos XVII y XVIII, el primer plano lo ocupa la historia. La historia eclesiástica, la patrística, la arqueología y la liturgia alcanzaron el rango de disciplinas independientes. También en este campo el papel conductor correspondió a Francia. La congregación benedictina de San Mauro inició la famosa edición de los Santos Padres que aún hoy constituye la base de toda biblioteca dedicada a la teología científica. Son familiares a todos los investigadores los nombres de los grandes eruditos maurinos, d'Achéry († 1685), Ruinart († 1709), Martène († 1739), Montfaucon († 1741) y el mayor de todos, Mabillon († 1707). Contrajeron también grandes méritos en la crítica textual el jesuita Sirmond († 1651) y el seglar Enrique de Valois, llamado Valesius († 1676). Un valor perenne para la ciencia de la antigüedad cristiana poseen los trabajos de Tillemont († 1698). Dionisio Petau S. I. (Petavius, † 1652) es considerado el fundador de la historia de los dogmas.

En Bélgica surgió un instituto especial para el estudio de los textos hagiográficos, fundado por el jesuita Bollandus († 1665). El más importante de los «bolandistas» que siguieron fue Daniel Papebroch († 1714), que junto con Mabillon merece ser considerado como el verdadero fundador de la moderna crítica histórica.

Entre los historiadores eclesiásticos italianos merecen citarse el cisterciense Ughelli († 1670), el dominico Mamachi († 1792), que polemizó contra Febronio, el teatino cardenal Thomasius († 1713), importante como liturgista, y el incansable Muratori († 1750). El estudio de las catacumbas fue elevado a la condición de una ciencia especial por Bosio († 1629). Trabajaron además en Roma el historiador de la orden franciscana Lucas Wadding, irlandés († 1657), el converso Lucas Holstenius de Hamburgo († 1661 siendo bibliotecario de la Vaticana), y los hermanos Assemani, oriundos del Líbano († 1768 y 1782), que desarrollaron también en la Vaticana sus importantes estudios de orientalista. Pertenece asimismo al cuadro de los científicos que entonces trabajaban en Roma, el polígrafo Atanasio Kircher S.I., de Fulda, imposible de clasificar en ninguna categoría († 1680).

En conexión con la historia eclesiástica floreció también la historia del derecho. Las extensas complicaciones de Labbé († 1670), Hardouin († 1729) y Mansi († 1769) constituyen aún hoy la base para el estudio de los concilios. Brillaron también en la historia del derecho el oratoriano francés Thomassin († 1695) y el boloñés Próspero Lambertini († 1758, papa Benedicto XIV).

Caracteriza a la ciencia eclesiástica de la época barroca, como también a la profana, su índole erudita, el gozo en hallar y clasificar, más que la necesidad de exponer ideas capaces de abrir caminos nuevos. En este incansable recopilar y escudriñar, aun en los más abstrusos campos del saber, se manifiesta el optimismo del tiempo: la Iglesia nada tiene que temer del descubrimiento de la verdad, y la crítica más acerada de sus principios científicos no podrá nunca irrogarle daño alguno.

LOS PAPAS DE LA ÉPOCA BARROCA (1605-1799)

Los papas del siglo XVI, a partir de Paulo III, habían sido en su mayoría hombres eminentes, caracteres de una pieza, muy distintos unos de otros, pero casi todos hombres de acción que en pontificados generalmente breves supieron llevar a término grandes cosas. En el siglo XVI la voz del papa era siempre escuchada con respeto, en la Iglesia y fuera de ella. A esta edad de gigantes le sigue ahora una edad, no de enanos, pero sí de epígonos. Buena voluntad no les faltó; todos ellos eran sacerdotes excelentes, y entre ellos no hubo ningún Alejandro VI. Tampoco puede

decirse que fueran ciegos a los efectos y peligros propios de la época. Pero los gobiernos católicos habían sabido tejer a su alrededor una red tan tupida, que apenas les quedaba libertad para moverse. Entre los soberanos no había ya ningún Felipe II, que por mucho que diera que hacer a los papas con su caballerescas porfía, en el fondo perseguía los mismos objetivos que ellos. Los monarcas católicos de la última época barroca ya no querían aliarse con el papa para luchar por el advenimiento del reino de Dios, sino que sólo se preocupaban de humillarle, de hacerle sentir su impotencia. Resulta indignante para un católico sensible ver cómo estos reyes y sus ministros trataban al papa, como unos malos hijos que no pierden ocasión de recordar a su anciano padre que el mendrugo que come lo deben a su caridad, y que aún debe estar contento de que lo aguanten. *Paulo V (1605-1621)* fue un hombre piadoso y un inteligente gobernante del Estado Pontificio. Durante su pontificado la población de Roma pasó de las cien mil almas, cifra jamás alcanzada desde los tiempos antiguos. Terminó la nave principal de San Pedro, cuya fachada aún hoy ostenta su nombre en letras gigantescas. Siguiendo la mala costumbre de su tiempo, enriqueció tanto a su familia, los Borghese, que en lo sucesivo fue una de las más opulentas de Roma. Los historiadores lo recuerdan como fundador del Archivo Vaticano.

Con la república de Venecia tuvo Paulo V un grave conflicto a propósito de ciertos derechos eclesiásticos, que vino a ser un anticipo de las ofensas y violaciones intencionadas con que, en el curso de los siglos XVII y XVIII, gobiernos que pretendían ser católicos amargaron la vida de los papas. El motivo era trivial, pero la Señoría estaba decidida en llevar la cosa hasta el extremo. Con ayuda de su teólogo oficial, Paulo Sarpi, un hipócrita que presumía de su condición de sacerdote regular a pesar de que interiormente hacía tiempo que se había separado de la Iglesia, montó una sensacional campaña de panfletos a la que el papa respondió fulminando el entredicho contra todo el territorio de la república. Al final ésta cedió lo suficiente para que Paulo V pudiera al menos aceptar un compromiso honorable. Fue ésta la última vez que un papa hizo uso de la práctica medieval de poner en entredicho un territorio entero. El intento de Sarpi de hacer protestante a Venecia, fracasó.

Gregorio XV (1621-1623), llamado en el siglo Alejandro Ludovisi, fijó para las elecciones papales el reglamento que aún hoy está en uso. Fundó la congregación «De Propaganda Fide», el supremo organismo para las misiones, cuyo nombre se ha hecho famoso en todo el mundo. Por sus canonizaciones de san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, santa Teresa de Jesús y san Felipe Neri, vino en cierto modo a dar la definitiva consagración al gran siglo de la restauración católica.

Urbano VIII (1623-1644) cuidó también de enriquecer desmedidamente a su familia, la de los Barberini. En su pontificado llegó a

su apogeo el estilo barroco romano. Es la edad de Bernini y de Borromini. Bajo Urbano VIII tuvo efecto la primera condenación del jansenismo y el desdichado proceso contra Galileo. Hasta entonces los teólogos apenas habían hecho objeciones al sistema copernicano, que Galileo defendía. Sólo cuando la discusión empezó a afectar a la autoridad de la sagrada Escritura, en parte por culpa del propio Galileo, creyeron las autoridades eclesiásticas que había llegado el momento de intervenir. El proceso fue conducido por los jueces romanos de buena fe y en forma correcta, y Galileo se retractó. Pero en conjunto constituyó un mal paso, que en lo sucesivo suministró materia para toda clase de comentarios irónicos y malévolos contra la Iglesia; tuvo, sin embargo, un efecto saludable: el de servir de escarmiento para las autoridades eclesiásticas.

Inocencio X (1644-1655) contaba ya setenta años cuando fue elegido: era un carácter difícil, desconfiado e insoportable, pero inteligente. Sus rasgos son conocidos de todos los amantes del arte por el incomparable retrato que pintó Velázquez y que se exhibe en la Galería Doria. También él enriqueció desconsideradamente a su familia, los Pamfili, y permitió que su cuñada Olimpia Maidalchini ejerciera en su corte una influencia del todo impropia. De todos modos, rompió con la arraigada costumbre de nombrar secretario de estado a un *nepote*, designando para este cargo al eminente Fabio Chigi, hasta entonces nuncio en Alemania. Desde entonces, en el colegio cardenalicio, que anteriormente había estado dividido en partidos políticos dirigidos por los *nepotes* de los últimos pontífices, hubo un partido neutral y puramente eclesiástico, el llamado *squadrone volante*, que ejerció una saludable influencia sobre los conclaves siguientes. No se puede reprochar a Inocencio X que protestara contra la paz de Westfalia, que tantos perjuicios acarreó a la Iglesia. Bajo su pontificado prosiguió la espléndida floración del barroco romano. Aún hoy a la entrada de los mejores edificios de la Ciudad Eterna puede verse el escudo con la paloma de los Pamfili. Bernini creó entonces su obra más famosa, la columnata de San Pedro.

Alejandro VII (1655-1667), Fabio Chigi, había sido secretario de estado de su predecesor. En su pontificado empezaron los rozamientos con Luis XIV, el cual ocupó Aviñón y envió tropas contra Roma. El tratado de Pisa (1664) puso fin al conflicto con un compromiso soportable. Causó una gran sensación en la sociedad romana la llegada de Cristina, reina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo. Después de su abdicación en 1655 se había convertido al catolicismo y estableció en Roma su residencia. Alejandro VII y sus sucesores la trataron con refinada cortesía, a pesar de que no siempre era cómodo su trato; murió en 1689.

Después de Alejandro VII volvió a elegirse al anterior secretario de estado, Rospigliosi, con el nombre de *Clemente IX*, pero murió a los dos años de su elección. Su sucesor, Emilio Altieri, *Clemente X (1670-1676)*

tenía ya ochenta años al ser elegido. Una vez más se advirtió el funesto influjo de los gobiernos católicos, que veían muy a gusto que la sede de san Pedro estuviera ocupada por un anciano decrepito.

Inocencio XI (1676-1689) fue un papa notable, menos por sus dotes y su ciencia que por su carácter. Era un asceta, enemigo del mundo, concienzudo hasta la escrupulosidad, a veces extravagante en sus ideas, pero entregado por entero a sus deberes. A su familia, los Odescalchi, no les concedió nada, y aunque los gobiernos los abrumaron con títulos y rentas para ganarse el favor del papa, éste no les concedió la menor influencia. A los esfuerzos y al apoyo de este papa se debe en gran parte la liberación de Viena del asedio turco en 1683. Aún hoy lo recuerdan las banderas turcas colgadas en Santa María de la Victoria, que los agradecidos vencedores enviaron a Roma. Inocencio XI tuvo un grave conflicto con Luis XIV, quien con gran dolor del papa apoyaba a los turcos; la ocasión del conflicto era en sí trivial, pero degeneró en una demostración de fuerza entre el pontífice y el rey. Las numerosas embajadas extranjeras en Roma, al correr de los años, habían ido extendiendo sus derechos de extraterritorialidad a la totalidad de los barrios en que radicaban sus respectivos palacios, con lo que la mitad de la ciudad se había convertido en terreno prohibido para la policía romana. Inocencio XI, de acuerdo con los gobiernos, puso término a este abuso; sólo Luis XIV no quiso ceder, por razones de prestigio. El papa se negó a reconocer a su nuevo embajador, y como éste, siguiendo sus instrucciones, se portara del modo más insolente, lo excomulgó y puso en entredicho la iglesia nacional francesa. Luis XIV contestó encarcelando al nuncio en París, pero el papa no cejó. Al fin el rey tuvo que retirar su embajador y renunciar a la extraterritorialidad. Inocencio XI fue beatificado por el papa Pío XII el 7 de octubre de 1956.

El papa siguiente, *Alejandro VIII (1689-1691)*, contaba casi ochenta años cuando su elección y murió muy pronto. También su sucesor, *Inocencio XII (1691-1700)* fue designado a los setenta y seis años. Obtuvo de Luis XIV la revocación de los artículos galicanos y dictó una constitución contra el nepotismo, con la que, al menos en principio, se puso fin a un abuso que tanto había perjudicado al prestigio de la Santa Sede. Durante el conclave estalló la guerra de sucesión española (1700-1713). El nuevo papa, *Clemente XI (1700-1721)*, sólo a regañadientes aceptó el cargo, para cuyo desempeño no se sentía con fuerzas. En efecto, las riendas se le escaparon totalmente de las manos, y en los tratados de paz no se tuvo la menor consideración al papa ni a la Iglesia. Los siguientes pontificados de *Inocencio XIII (1721-1724)* y *Benedicto XIII (1724-1730)* han dejado muy pocos rastros en la historia. Benedicto XIII había sido un santo varón y un excelente obispo de Benevento, pero cuando fue elegido contaba ya setenta y cinco años y se dejó dominar totalmente por sus favoritos. *Clemente XII (1730-1740)* fue elegido a los setenta y ocho años; era,

además, ciego y tenía que guardar cama casi todo el tiempo. El papado parecía estar destinado a caer en el más profundo olvido.